UNA CARTA DESDE EL INFIERNO

EDITORIAL CO. CUL. S. A.
MADRID, 1958

Descendamus in infernum viventes, ne descendamus morientes.

Bajemos mientras vivimos al infierno, para que no bajemos al morir.

Con las debidas licencias

GRAFICAS F. MARTINEZ.—BARRAFON, 24

Prólogo

El que ideó la publicación de este escrito en el original alemán se mantuvo a sí mismo y a todos los actores del tremendo drama en el secreto del anónimo.

Sin embargo, el escrito ha ido corriendo de mano en mano en numerosas ediciones y en diversas traducciones, llevando al ánimo de cuantos lo han leído como un estremecimiento de emoción, de piedad, de terror.

Al poner nosotros ahora en manos de los lectores de habla española este interesante documento, no es nuestra intención excitar una curiosidad o sensibilidad vanas. Intentamos simplemente abrir los ojos de muchos a la tremenda realidad del infierno. Para que descendiendo a él mientras viven no tengan que bajar a él después de la muerte.

Quién sabe si ante tan impresionante visión, alguna de las almas que caminan por los derroteros que condujeron a la desventurada «Anita» al lugar de tormentos, no dará un viraje en redondo y se orientará derechamente a la eterna dicha.

Estas páginas no pueden leerse con indiferencia y por simple curiosidad. Invitan suavemente a la reflexión y despiertan en el espíritu un sentimiento sereno y profundo del agudo problema del más allá.

Entre los papeles de una joven religiosa muerta en un convento, se encontró el siguiente manuscrito.

*Yo tenía una amiga. Es decir, estábamos en contacto por razones de empleo en***, donde trabajábamos la una al lado de la otra en una empresa comercial.*

Más tarde Anita se casó y no la volví a ver.

*En el fondo reinaba entre nosotras dos, desde el principio, más bien cortesía que amistad. Por esto sentí bien poco la separación, cuando ella, después de la boda, se fué a vivir a un barrio de chalets de ***, muy lejos de mi casa.*

Mientras en el otoño de 1937 pasaba mis vacaciones en la playa del lago de Garda, me escribió mi madre hacia el final de la segunda semana de septiembre: "¡Mira! ¡Ha muerto Anita N.! Ha perecido en un accidente automovilístico. Ha sido enterrada ayer en el Waldfriedhof". (*)

Esta noticia me dejó espantada. Sabía que Anita no había sido nunca muy religiosa ¿Estaría preparada cuando Dios, tan de improviso, la llamó?

A la mañana siguiente oí por ella la santa Misa en la capilla de la pensión de las Hermanas donde moraba; pedí fervorosamente por el descanso de su

---

(*) Camposanto del bosque.

alma y ofrecí también la Comunión con esta intención.

Pero todo el día experimenté un cierto malestar, que hacia el atardecer creció todavía más.

Dormí inquieta. Finalmente me desperté como por un violento golpear. Encendí la luz. El reloj que tenía sobre la mesilla marcaba diez minutos después de la medianoche. No vi a nadie. No se oía por la casa ruido alguno. Solamente las olas del lago de Garda que se rompían contra los muros del jardín de la pensión. No se oía ni siquiera un soplo de viento.

Y sin embargo, al despertarme, había creído percibir, además de los golpes, un ruido como de viento, semejante al que se producía cuando mi jefe enfadado, me pasaba una carta de mal modo.

Reflexioné un instante si debería levantarme. "¡Cuentos!—me dije resueltamente—. Es tu fantasía excitada por aquella muerte". Me volví para el otro lado, recé algunos Pater *por las almas del purgatorio y me dormí de nuevo.*

Y soñé (1).

Soñé que me había levantado por la mañana, hacia las seis, para ir a la capilla de la casa, cuando al abrir la puerta de la habitación, tropecé con un fajo de pliegos de carta sueltos.

Recogerlos, reconocer la letra de Anita y lanzar un grito fué una misma cosa.

Estaba temblando con los pliegos en la mano. Comprendí que en tal estado de ánimo no hubiera logrado decir ni un "Padre nuestro". Además, me asaltó una sensación de asfixia.

No hallé mejor recurso que salir fuera, al aire libre.

Ordené un poco mi cabello, eché la carta en el bolso y dejé la casa.

Fuera trepé por el sendero que desde allí, por la carretera (la famosa Gardesana), sube hacia el monte, entre olivos, jardines de hotelitos y matorrales de laurel.

La mañana se levantaba luminosa. En otras ocasiones, a cada cien pasos, me extasiaba ante la magnífica visión que desde aquí se presenta sobre el lago y sobre la isla de Garda, hermosa cual de fantasía.

El azul profundo del agua me recreaba siempre. Y miraba embelesada la mole gris del monte Baldo, que se eleva lentamente por la otra parte desde los sesenta y cuatro metros sobre el nivel del mar hasta los dos mil doscientos.

Ahora, en cambio, no sentía interés alguno por todo esto. Después de un cuarto de hora de camino me dejé caer mecánicamente sobre un banco que está apoyado en dos cipreses donde el día anterior mismo, había leído con tanto placer la Jungfer Therese *de Federer. Entonces por primera vez identifi-*

qué a los cipreses como árboles de los muertos, cosa que anteriormente, en los países del sur, donde se ven frecuentemente, no había sospechado nunca.

Tomé la carta. Faltaba la firma. Pero era sin lugar a dudas la letra de Anita. No faltaba ni siquiera el amplio zigzag ornamental de la S y la T a la francesa que ella había adquirido en la oficina para fastidiar al señor Gr.

El estilo no era el suyo. Al menos no hablaba como de costumbre, porque ella sabía conversar de un modo extraordinariamente amable y reir desde sus ojos azules con su linda naricilla arremangada. Sólo cuando discutíamos de cuestiones religiosas solía tornarse venenosa, y tomar el tono duro de esta carta. (He aquí que juzgándola así, tomo también yo el amargor de su estilo mordaz).

Su escrito, procedente del mundo de allá, lo transcribo aquí, palabra por palabra, como lo he leído en sueños.

Rezaba así.

«¡Clara, no ruegues por mí! Estoy condenada. Si te lo comunico y te hablo de ello con cierta extensión no creas que lo hago a título de amistad. Nosotros aquí no amamos a nadie. Lo hago como obligada. Lo hago como «parte de aquel poder que quiere siempre el mal y obra el bien» (*).

En realidad yo quisiera verte arribar también a ti a este estado donde yo he arrojado ya el ancla para siempre (2).

No te enojes por esta intención. Nosotros aquí pensamos todos así. Nuestra voluntad está empedernida en el mal —en eso que vosotros precisamente llamáis «mal»—. Aun cuando nosotros hacemos algún «bien», como yo ahora, abriéndote de par en par los ojos sobre el infierno, no se hace con buena intención (3).

¿Te acuerdas todavía que hace cuatro años nos conocimos en***? Tú contabas entonces 23 años y te encontrabas allí hacía medio cuando yo llegué.

(*) Palabras de Mefistófeles en el *Fausto*, de GOETHE.

Me sacaste de algunos apuros; como a principiante me diste buenas orientaciones. Pero ¿qué quiere decir «bueno»?

Yo alababa entonces tu «amor al prójimo». ¡Ridículo! Tu ayuda derivaba de pura coquetería, como sospechaba ya desde entonces. Nosotros, aquí, no reconocemos nada de bueno en nadie.

El tiempo de mi juventud lo conoces. Ciertas lagunas las lleno en ésta.

Según los planes de mis padres, a decir verdad, yo no hubiera debido siquiera existir. «Les sucedió exactamente una desgracia». Mis dos hermanas contaban ya 14 y 15 años cuando yo me encaminaba a la luz. ¡Oh si nunca hubiera existido! ¡Oh si pudiera aniquilarme, escapar de estos tormentos! Ninguna voluntad igualaría a aquella con que yo dejaría la existencia mía, como un vestido de ceniza que se pierde en la nada (4).

Pero yo debo existir. Debo existir así, como me he hecho yo: con una existencia fracasada.

Cuando mi padre y mi madre, todavía jóvenes, se trasladaron del campo a la ciudad ambos habían perdido el contacto con la Iglesia. Hasta fué mejor así.

Simpatizaron con gente no allegada a la Iglesia. Se conocieron en un local de baile y medio año después «debieron» casarse.

En la ceremonia nupcial les quedó pegada tanta

agua bendita que mi madre iba a la iglesia, a la misa dominical, un par de veces al año. No me enseñó nunca a rezar. Se agotaba en el cuidado cotidiano de la vida; bien es verdad que nuestra situación no era tal vez desahogada.

Palabras como orar, misa, agua bendita, iglesia las escribo con una repugnancia interna sin igual. Aborrezco todo esto, como aborrezco a quien frecuenta la iglesia y en general a todos los hombres y a todas las cosas.

De todo, en efecto, nos proviene tormento. Todo conocimiento recibido en el momento de la muerte, todo recuerdo de cosas vividas o sabidas es para nosotros una llama abrasadora (5).

Y todos los recuerdos nos muestran aquel lado que contiene la gracia, gracia que nosotros despreciamos. ¡Qué tormento es éste! Nosotros no comemos, no dormimos, no andamos con los pies. Espiritualmente encadenados, miramos embrutecidos «con alaridos y rechinar de dientes» nuestra irremediable perdición: ¡odiando y atormentados!

¿Oyes? Nosotros aquí bebemos el odio como agua. Incluso el uno con respecto al otro (6).

Sobre todo, nosotros odiamos a Dios.

Quiero hacértelo comprensible.

Los bienaventurados en el cielo deben amarlo por necesidad porque ellos lo ven sin velos en su belleza deslumbradora. Esto los beatifica de tal mo-

do que no puede describirse. Nosotros lo sabemos y este conocimiento nos enfurece (7).

Los hombres en la tierra, que conocen a Dios por la creación y por la revelación, pueden amarlo; pero no se ven obligados a ello.

El creyente —lo escribo rechinando los dientes— que, meditando contempla a Cristo en la cruz, con los brazos extendidos, terminará por amarlo.

Pero aquel a quien Dios se acerca en huracán, como castigador, como justo vengador, porque un día fué por él repudiado, como sucede con nosotros, éste no puede más que odiarlo (8). Con todo el ímpetu de su malvada voluntad. Eternamente. En fuerza de la libre resolución de estar separados de Dios: resolución con que, muriendo, hemos exhalado el espíritu y que ni aun ahora retractamos, ni tendremos jamás voluntad de retractar.

¿Comprendes ahora por qué el infierno dura eternamente? Porque nuestra obstinación jamás se desatará de nosotros.

Obligada, añado que Dios es misericordioso aun con nosotros. Digo «obligada». Porque aunque escribo esta carta voluntariamente, sin embargo, no me es permitido mentir, como de buena gana querría. Muchas cosas pongo en la carta contra mi voluntad. Aun el ansia de improperios, que quisiera vomitar, debo estrangularla.

Dios fué misericordioso con nosotros no permi-

tiéndonos apurar en la tierra nuestra pérfida voluntad, tal como estábamos dispuestos a ejecutar. Esto hubiera aumentado nuestras culpas y nuestras penas. El nos hizo morir prematuramente, como a mí, o hizo intervenir otras circunstancias atenuantes.

Ahora El se muestra misericordioso para con nosotros no obligándonos a acercarnos más a El de cuanto lo estamos en este remoto lugar infernal: esto disminuye el tormento (9).

Cada paso que me llevase más cerca de Dios me ocasionaría una pena mayor que la que a ti te proporcionaría un paso cada vez más cerca de un horno ardiendo.

Te quedastes espantada, cuando yo en una ocasión, durante un paseo, te conté cómo mi padre pocos días antes de mi primera Comunión me había dicho: «Anita, procura merecerte un hermoso vestido; lo demás es exageración».

Ante tu horror me hubiera casi incluso avergonzado. Ahora me río de eso.

La única cosa razonable en aquella exageración era que se admitía a la comunión sólo a los doce años. Yo entonces estaba ya bastante dominada por los deseos de diversiones mundanas, así que sin escrúpulo dejaba aparte las cosas religiosas y no di grande importancia a la primera Comunión.

Eso de que muchos niños vayan ahora a la pri-

mera Comunión ya a los siete años nos enfurece. Nosotros hacemos todo lo posible para persuadir a la gente que a los niños les falta un conocimiento adecuado. Deben antes cometer algunos pecados mortales. Entonces la blanca Partícula no hace ya en ellos tanto bien como cuando en sus corazones viven todavía la fe, la esperanza y la caridad —¡uf!, esta jerga— recibida en el bautismo. ¿Te acuerdas cómo yo sostenía ya sobre la tierra esta misma opinión?

He aludido a mi padre. Reñía frecuentemente con mi madre. Te lo indiqué sólo raras veces: me daba vergüenza. Qué cosa más ridícula la vergüenza del mal. Para nosotros aquí todo es lo mismo.

Mis padres ni siquiera dormían en la misma habitación; sino yo con mi madre y mi padre en un cuarto contiguo donde podía entrar y salir libremente a cualquier hora. Bebía mucho; de este modo despilfarraba nuestro patrimonio. Mis hermanas estaban empleadas y necesitaban ellas mismas, decían, el dinero que ganaban. Mi madre comenzó a trabajar para ganar alguna cosa.

En el último año de su vida mi padre pegaba frecuentemente a mi madre cuando no quería darle nada. Hacia mí, en cambio, se mostró siempre cariñoso. Un día —te lo conté y tú entonces te escandalizaste de mi capricho (¿de qué cosas no te escandalizaste con respecto a mí?)—, un día tuvo

que devolver, por dos veces, los zapatos comprados porque la forma y los tacones no eran para mí bastante modernos (10).

La noche en que mi padre fué atacado de apoplegía mortal, sucedió una cosa que yo por temor de una interpretación desagradable nunca fuí capaz de confiarte. Pero debes saberlo. Es importante por esto: entonces por vez primera fuí asaltada por el espíritu que actualmente me atormenta.

Dormía en la habitación con mi madre. Su respiración regular me indicaba su profundo sueño.

Cuando he aquí que oigo que me llaman por mi nombre. Una voz desconocida me dice: «¿Qué sucederá si muere papá?».

Yo no quería a mi padre desde que él trataba tan villanamente a mi madre; como, por otra parte, no quería desde entonces absolutamente a nadie, sino que solamente estaba aficionada a algunas personas que eran buenas para conmigo. Amor sin esperanza de correspondencia terrena vive sólo en las almas en estado de Gracia, y yo no lo estaba.

Después de una breve pausa, de nuevo la misma pregunta claramente percibida. «No, no morirá», me escapó de la boca bruscamente.

Por tercera vez fuí requerida: «¿Qué sucederá si muere papá?». Se me representó cómo mi padre llegaba frecuentemente a casa borracho, alborotaba, maltrataba a mi madre, y cómo él nos había colocado en una condición humillante ante la gente. Entonces grité despechada: «Pues le estaría bien».

Entonces todo calló.

A la mañana siguiente cuando mi madre quiso arreglar el cuarto de mi padre halló la puerta cerrada con llave. Hacia mediodía se forzó la puerta. Mi padre, medio vestido, yacía cadáver en el lecho. Al ir a beber a la taberna debió coger alguna indisposición. Estaba ya enfermo desde hacía tiempo.

(¿Habría, pues, Dios unido a la voluntad de una hija, para con la cual aquel hombre en cierto modo, había sido bueno, la ocasión de convertirse?) (*)

Marta K. y tú me habíais inducido a ingresar en la «Asociación de las Jóvenes». Verdaderamente no he ocultado nunca que hallaba bastante a tono con la moda parroquial las instrucciones de las dos educadoras, las señoras x.

Los juegos eran divertidos. Como sabes, tomé pronto parte en la dirección. Esto venía bien con mi carácter.

(*) Es un paréntesis del manuscrito.

También las excursiones me agradaban. Me dejé incluso inducir algunas veces a ir a confesarme y a la Comunión.

A decir verdad, no tenía nada que confesar. Pensamientos y conversaciones no tenían para mí importancia. Para acciones más groseras no estaba todavía suficientemente corrompida.

Tú me avisaste una vez: «Ana, si no rezas más, irás a la perdición».

Yo rezaba en realidad poco, y aun este poco sólo con desgana.

Ahora bien, tú tenías por desgracia razón. Todos aquellos que arden en el infierno no han orado o no han orado bastante.

La oración es el primer paso hacia Dios, y además, el paso decisivo. Especialmente la plegaria a Aquella que fué Madre de Cristo, cuyo nombre nosotros no pronunciamos jamás.

La devoción a Ella arranca al demonio innumerables almas, que el pecado le habría puesto indefectiblemente en las manos.

Prosigo la narración consumiéndome de ira y sólo porque debo hacerlo. Rezar es la cosa más fácil que el hombre puede hacer en la tierra. Y precisamente a esa cosa tan fácil Dios ha ligado la salvación de cada uno.

A quien ora con perseverancia El le da poco a

poco tanta luz, lo fortifica de tal manera que al fin el pecador más caído puede definitivamente levantarse. Aunque estuviera sumergido en el fango hasta los ojos.

En los últimos años de mi vida no he orado como es debido, y así me he privado de las gracias sin las cuales nadie puede salvarse.

Aquí no recibimos ya ninguna gracia. Y aunque las recibiéramos las rechazaríamos cínicamente. Todas las fluctuaciones de la existencia terrena han cesado en esta otra vida.

Entre vosotros, en la tierra, el hombre puede subir del estado de pecado al estado de Gracia. De la Gracia caer en el pecado. Frecuentemente por debilidad, tal vez por malicia.

Con la muerte, este subir y descender termina porque tiene su raíz en la imperfección del hombre terreno. Ahora hemos alcanzado ya el estado final.

Ya con el crecer de los años los cambios se hacen más raros. Es verdad, hasta la muerte puede uno siempre convertirse a Dios o volverle la espalda. Y sin embargo, como arrastrado por la corriente, el hombre antes de la muerte, con los últimos restos débiles de la voluntad, se comporta según estaba habituado en la vida.

La costumbre buena o mala, se ha convertido en

una segunda naturaleza. Esta lo arrastra en pos de sí.

Así me sucedió también a mí. Desde hace años vivía lejos de Dios, por esto en la última llamada de la Gracia, me revolví contra El.

No fué para mí fatal, el hecho de que yo pecara más o menos frecuentemente, sino el que yo no quisiera levantarme.

Tú me aconsejaste más de una vez que oyera las predicaciones, que leyera libros de piedad.

«No tengo tiempo», era mi respuesta ordinaria. ¡No faltaba otra cosa para aumentar mi inquietud interior!

Por otra parte debo hacer constar esto: Habiendo ya llegado las cosas tan adelante, poco antes de mi salida de la «Asociación de las Jóvenes», me hubiera resultado enormemente gravoso echarme por otro camino. Yo me sentía insegura y desgraciada. Pero ante mi conversión se alzaba una muralla.

Tú no lo debes haber sospechado. Tú te habías representado la cosa tan sencilla, cuando un día me dijiste: «Haz una buena confesión y todo quedará arreglado».

Yo estaba segura de que hubiera sido así. Pero el mundo, el demonio y la carne me tenían ya demasiado fuertemente cogida con sus garras.

En el influjo del demonio no creí nunca. Y ahora

testifico que él influye poderosamente sobre las personas que se hallan en las condiciones en que yo me hallaba entonces.

Solamente muchas oraciones de otros y mías, unidas a sacrificios y sufrimientos, me hubieran podido arrancar de él.

Y aun esto, solamente poco a poco. Si es verdad que hay pocos posesos exteriormente, hay un hormiguero de interiormente posesos. El demonio no puede arrebatar la libre voluntad a aquellos que se entregan a su influjo. Pero en castigo de su, por decirlo así, metódica apostasía de Dios, Este permite que el «maligno» habite en ellos.

Yo odio también al demonio. Pero él me agrada porque trabaja por arruinaros a vosotros, él y sus satélites, los espíritus caídos con él al principio del tiempo. Se cuentan por millones. Vagan en torno a la tierra como un enjambre de mosquitos y vosotros ni siquiera os dais cuenta de ello (11).

No nos toca tentaros a nosotros, los condenados; éste es oficio de los espíritus caídos (12).

Verdaderamente aumenta todavía más su tormento cada vez que ellos arrastran aquí abajo al infierno un alma humana. Pero ¿qué cosa no hace el odio? (13).

Aun cuando yo andaba por senderos alejados de Dios, Dios me seguía.

Allanaba yo el camino a la Gracia con actos de

caridad natural que ejercitaba no raras veces por inclinación de mi temperamento.

Tal vez Dios me atraía a una iglesia. Entonces sentía como una nostalgia. Cuando cuidaba a mi madre enfermiza, no obstante el trabajo de mi oficina durante el día, y en cierto modo me sacrificaba de verdad, estos atractivos divinos obraban poderosamente.

Una vez, en una iglesia de un hospital, a donde me habías llevado durante el descanso del mediodía, vino sobre mí un no sé qué, que no faltó más que un paso para mi conversión: ¡y lloré!...

Pero después, la alegría del mundo pasaba de nuevo como un torrente sobre la Gracia. El grano se asfixiaba entre las espinas.

Con la declaración de que la religión es cosa de sentimiento, como se decía siempre en la oficina, eché también al cesto esta moción de la Gracia, como todas las demás.

Una vez tú me reprendiste porque en vez de una genuflexión hasta el suelo, hice sólo una informe inclinación, doblando la rodilla. Tú lo consideraste como un acto de pereza. No demostraste ni siquiera sospechar que yo desde entonces ya no creía en la presencia de Cristo en el sacramento.

Ahora creo, pero sólo naturalmente, como se cree en una tormenta cuyos efectos se vislumbran.

Mientras tanto me había arreglado yo misma una religión a mi modo.

Sostenía la opinión, que entre nosotros en la oficina era común, de que el alma después de la muerte resucita en otro ser. De este modo continuaría el peregrinar sin fin.

Con esto la angustiosa cuestión del más allá quedaba a la vez en su punto y hecha para mí inofensiva.

¿Por qué tú no me recordaste la parábola del rico epulón y Lázaro el pobre, en que el narrador, Cristo, envía inmediatamente después de la muerte al uno al infierno y al otro al paraíso?... Por lo demás ¿qué hubieras conseguido? No más que con otros discursos tuyos de gazmoñerías.

Poco a poco me creé yo misma un dios suficientemente dotado para ser llamado Dios; bastantemente lejano de mí para no verme obligada a mantener relación alguna con él; bastante vago para dejarse según la necesidad, sin mudar mi religión, asemejar a un dios panteístico del mundo, o bien dejarse poetizar como un dios solitario.

Este dios no tenía un cielo que regalarme ni un infierno que infligirme. Lo dejaba en paz. En esto consistía mi adoración hacia él.

«Lo que agrada se cree de buena gana». En el correr de los años me mantuve bastante convencida de mi religión. De este modo se podía vivir.

Una cosa solamente me hubiera quebrantado la cerviz: un largo, profundo dolor. ¡Y este dolor no vino!

¿Comprendes ahora qué quiere decir «Dios castiga a quienes ama»?

Era un domingo de julio cuando la Asociación de Jóvenes organizó una gira a***. La gira me hubiera agradado mucho. Pero ¡aquellas conversaciones insulsas, aquel proceder de beatas!...

Una imagen bien distinta de la de la Virgen de*** había ocupado desde hacía algún tiempo el altar de mi corazón. El arrogante Max N., del antiguo almacén. Poco tiempo antes habíamos bromeado juntos muchas veces.

Precisamente para aquel domingo él me había invitado a una excursión. Aquella con quien iba de costumbre se hallaba enferma en el hospital.

El había comprendido que yo le había echado los ojos encima. Casarme con él no lo había pensado todavía entonces. Estaba, sí, bien acomodado, pero se comportaba demasiado cortésmente con todas las chicas. Y yo hasta aquel tiempo quería un hombre que me perteneciese únicamente a mí. No sólo ser mujer, sino ser mujer única. Una cierta nobleza natural la tuve, efectivamente, siempre.

(¡Es verdad! Anita, con toda su indiferencia religiosa, tenía un no sé qué de noble en su porte. Yo me estremezco ante el pensamiento de que también

las personas «bien educadas» puedan ir al infierno, cuando son lo suficientemente «mal educadas» para huir de Dios) (*).

En la susodicha excursión Max se prodigó en cortesías. Naturalmente no se tuvieron conversaciones de sacristía como entre vosotras.

Al día siguiente en la oficina tú me reprochaste porque no había ido con vosotras a***. Yo te describí mi diversión de aquel domingo.

Tu primera pregunta fué: «¿Fuiste a Misa?» ¡Tontina! ¿Cómo podía ir, dado que la salida se había fijado para las seis?

Sabes también, cómo yo, excitada, añadí: «El buen Dios no piensa tan cicateramente como vuestros curitas».

Ahora debo confesar: Dios, no obstante su infinita bondad, mide las cosas con mayor precisión que todos ellos (los curas).

Después de aquella primera gira con Max, fuí sólo una vez a la Asociación: el día de Navidad para la celebración de la fiesta. Había algo que me atraía. Pero interiormente me había ya alejado de vosotras.

Cine, baile, excursiones, se alternaban sin tregua. Max y yo reñíamos, sí, algunas veces, pero yo supe siempre encadenarlo de nuevo a mí.

(*) Anotación del manuscrito.

Molestísima me resultó la otra amante, que, vuelta del hospital se comportó como una obsesa. Verdaderamente por suerte mía; porque mi noble calma hizo poderosa impresión sobre Max, que terminó por decidir que fuese yo la preferida.

Había sabido hacérsela odiosa hablando fríamente: en lo exterior positiva, en lo interior vomitando veneno. Tales sentimientos y tal porte preparan excelentemente para el infierno. Son diabólicos en el más extricto sentido de la palabra.

¿Por qué te cuento esto? Para referir cómo yo me separé definitivamente de Dios.

No ya, por otra parte, que entre yo y Max se llegara muy frecuentemente a los extremos de la familiaridad. Comprendía que me hubiera rebajado ante sus ojos si me hubiera dejado llevar del todo antes de tiempo; por esto me supe contener.

Pero cada vez que lo juzgaba útil, estaba siempre pronta a todo. Debía conquistar a Max. A este fin nada era demasiado caro. Por otra parte poco a poco nos amábamos, pues poseíamos ambos a dos no pocas preciosas cualidades que nos hacían estimarnos mutuamente. Yo era hábil, capaz, de trato agradable.

Así tuve fuertemente cogido a Max y logré, al menos en los últimos meses del matrimonio, ser la única en poseerlo.

En esto consistió mi apostasía de Dios: Consti-

tuir una criatura en ídolo mío. En ninguna cosa puede suceder esto, de modo que lo abrace todo, como en el amor de una persona del otro sexo, cuando este amor permanece encallado en las satisfacciones terrenas. Es esto lo que constituye su atractivo, su aguijón y su veneno.

La «adoración» que yo me tributaba a mí misma en la persona de Max, se convirtió para mí en una religión vivida.

Era el tiempo en que en la oficina me disparaba envenenada contra los tragasantos, los curas, las indulgencias, el masculleo de rosarios y tonterías semejantes.

Tú procurabas, más o menos agudamente tomar la defensa de tales cosas. Según me parece sin sospechar que en lo más íntimo de mí no se trataba, en realidad, de estas cosas: yo buscaba más bien un apoyo contra mi conciencia —entonces tenía necesidad de un tal apoyo— para justificar aun con la razón, mi apostasía.

En el fondo yo me rebelaba contra Dios. Tú no lo comprendiste; me tenías todavía por católica. Quería, en cambio, ser llamada así: pagaba inclusive los diezmos eclesiásticos. Un cierto «reaseguro», pensaba, no puede hacer daño.

Puede darse que tus respuestas a veces hayan dado en el blanco. En mí no hacían mella, porque tú no debías tener razón.

A causa de estas relaciones insinceras entre nosotras dos, fué insignificante la pena de nuestra separación, cuando nos separamos con ocasión de mi matrimonio.

Antes de la boda me confesé y comulgué todavía una vez. Estaba mandado así. Yo y mi marido pensábamos lo mismo sobre este asunto. ¿Por qué no habíamos de cumplir esta formalidad? La cumplimos del mismo modo que las otras formalidades.

Vosotros llamáis indigna una tal Comunión. Pues bien, después de aquella Comunión «indigna» yo tuve más paz en la conciencia. Por lo demás fué también la última.

Nuestra vida conyugal transcurría, en general, en grande armonía. Sobre todos los puntos de vista éramos del mismo parecer. Aun en esto: que no queríamos echarnos encima el peso de los hijos. Verdaderamente mi marido hubiera de buen grado tenido uno; no más, se comprende. Por fin yo supe apartarlo también de este deseo.

Vestidos, muebles de lujo, reuniones de té, giras y viajes en auto y otras distracciones semejantes me importaban mucho más.

Fué un año de placer en la tierra el que transcurrió desde mi casamiento hasta mi repentina muerte.

Todos los domingos salíamos en auto, o bien hacíamos visitas a los parientes de mi marido. (De

mi madre entonces me avergonzaba). Ellos flotaban en la superficie de la existencia ni más ni menos que nosotros. Interiormente, se entiende, no me sentí nunca feliz aun cuando exteriormente riese. Había siempre dentro de mí un no sé qué de inquietante que me roía. Hubiera querido que después de la muerte, que naturalmente debía estar todavía muy lejos, todo se terminara.

Pero es precisamente así, como un día, siendo yo niña, oí decir en un sermón que Dios premia toda obra buena que uno ejecuta y cuando no la ha de poder premiar en la otra vida, lo hace en ésta.

Inesperadamente tuve la herencia de mi tía Lotte. A mi marido se le logró felizmente el poder elevar su sueldo a una cifra notable. Así pude amueblar la nueva morada de un modo atrayente.

La religión no enviaba ya sino de lejos su luz pálida, débil e incierta.

Los cafés de la ciudad, los hoteles por donde pasábamos durante los viajes no nos llevaban ciertamente a Dios.

Todos cuantos frecuentaban aquellos lugares vivían, como nosotros, del exterior al interior, no del interior al exterior.

Si en los viajes de vacaciones visitábamos alguna catedral, procurábamos recrearnos en el contenido artístico de las obras. El hálito religoso que

respiraban, principalmente las medievales, sabíamos neutralizarlo criticando alguna circunstancia accesoria: un lego empachado o vestido con poca limpieza, que nos hacía de «cicerone»; el escándalo de que los frailes, queriendo pasar por piadosos, vendieran licores; el eterno repique de campanas para las sagradas funciones, mientras que no se trataba de otra cosa que de sacar dinero...

Así supe apartar de mí la Gracia cada vez que llamaba a la puerta.

Desfogaba libremente mi malhumor de modo particular a propósito de ciertas representaciones medievales del infierno en los cementerios o en otros lugares, en que el demonio tuesta las almas en brasas rojas e incandescentes, mientras sus compañeros, de rabo largo, le arrastran las nuevas víctimas. ¡Clara! ¡En lo que toca al infierno se puede errar al pintarlo, pero no se exagera jamás!

El fuego del infierno lo he tenido siempre como punto de mira de un modo particular. Tú sabes cómo durante un altercado a este propósito te puse una cerilla debajo de la nariz y te dije con sarcasmo: «¿Huele esto?».

Tú apagaste apresuradamente la llama. Aquí no la apaga nadie.

Yo te digo: El fuego de que se habla en la Biblia no significa un tormento de la conciencia. ¡Fuego es fuego! Debe entenderse literalmente lo que dijo

Aquel: «Lejos de mí, malditos, al fuego eterno». ¡Literalmente!

«¿Cómo puede el espíritu ser tocado por el fuego material?», preguntarás. ¿Cómo puede tu alma sufrir en la tierra cuando tú metes el dedo en la llama? Efectivamente, no arde el alma; y sin embargo, ¡qué tormento experimenta el individuo entero!

De modo análogo nosotros estamos espiritualmente atados al fuego, según nuestra naturaleza y según nuestras facultades. Nuestra alma está privada de su natural batir de alas; nosotros no podemos pensar lo que queremos ni como queremos (14).

No mires estupefacta estas líneas; este estado, que a vosotros no dice nada, a mí me abrasa sin consumirme.

Nuestro mayor tormento consiste en el saber con certeza que jamás veremos a Dios.

¿Cómo puede esto atormentar tanto, siendo así que en la tierra puede uno permanecer indiferente?

Mientras el cuchillo está colocado en la mesa, nos deja fríos. Se ve lo afilado que está, pero no se experimenta. Clava el cuchillo en la carne y te pondrás a gritar de dolor.

Ahora sentimos nosotros la pérdida de Dios; antes la pensábamos solamente (15).

No todas las almas sufren en igual medida.

Cuanto con mayor malicia y cuanto más sistemáticamente uno ha pecado, tanto más pesadamente gravita sobre él la pérdida de Dios y tanto más lo sofoca la criatura de que ha abusado.

Los católicos condenados sufren más que los de otras religiones, porque ellos, por lo general, recibieron y pisotearon más gracias y más luces.

El que más supo sufre más duramente que el que conoció menos.

El que pecó por malicia padece más agudamente que el que cayó por debilidad.

Pero ninguno padece sobre aquello que ha merecido. ¡Oh, si no fuera esto verdad, de modo que yo tuviera algún motivo de odiar!

Tú me dijiste un día que nadie iba al infierno sin saberlo: esto habría sido revelado a una santa.

Yo me reí de ello. Pero después me atrincheré detrás de esta declaración.

«Así, en caso de necesidad quedará suficiente tiempo para dar una media vuelta», me decía secretamente.

Aquel dicho es exacto. Verdaderamente, antes de mi fin repentino, no conocí el infierno como es. Ningún mortal lo conoce. Pero yo tenía plena conciencia de él: «Si mueres, irás al otro mundo lanzada como una flecha contra Dios. Y sufrirás las consecuencias».

Yo no di marcha atrás, como he dicho, porque

iba arrastrada por la corriente de la costumbre. Impulsada por aquella condición por la cual los hombres, cuanto más envejecen, tanto más obran en la misma dirección.

Mi muerte sucedió así.

Hace una semana—hablo según vuestro cómputo, porque respecto al dolor, podría muy bien decir que hace ya diez años que ardo en el infierno— hace una semana, pues, mi marido y yo hicimos el domingo una excursión, la última para mí.

El día había despuntado radiante. Me sentía bien como nunca. Me invadió una siniestra sensación de felicidad que hormigueó en mí durante todo el día.

Cuando he aquí que de improviso, a la vuelta, mi marido quedó deslumbrado por un auto que venía a toda marcha. Perdió el control.

«¡Jesses!» (*), me escapó de los labios con un escalofrío. No como plegaria, sólo como grito. Un dolor desgarrador me invadió por entero —una bagatela en comparación con el presente—. Después perdí los sentidos.

¡Qué extraño! Aquella mañana había surgido en mí este pensamiento: «Tú podrías ir todavía una vez a misa». Sonaba como un ruego.

(*) Deformación de *Jesús* usada frecuentemente en algunas poblaciones de lengua alemana.

Claro y resuelto mi «no» cortó el hilo de los pensamientos. «Hay que acabar con esto de una vez. Cargo con las consecuencias». Ahora las sufro.

Lo que sucedió después de mi muerte ya lo sabrás. La suerte de mi marido, la de mi madre, lo que sucedió con mi cadáver y el desarrollo de mi funeral me son conocidos en sus detalles mediante un conocimiento natural que nosotros tenemos.

Todo lo demás que sucede en la tierra nosotros lo conocemos sólo nebulosamente. Pero lo que de algún modo nos toca de cerca, lo conocemos. Así yo veo también dónde resides (16).

Yo misma desperté de improviso de la oscuridad en el instante de mi muerte. Me vi como inundada por una luz deslumbradora.

Fué en el lugar mismo donde yacía mi cadáver. Sucedió como en un teatro, cuando en la sala de repente se apagan las luces, el telón se divide rumorosamente y se abre una escena horriblemente iluminada. La escena de mi vida.

Como en un espejo mi alma se mostró a sí misma. Las gracias pisoteadas desde mi juventud hasta mi último «no» frente a Dios.

Yo me sentí como un asesino, al cual, durante el proceso judicial, se le pone delante la víctima exá-

nime. ¿Arrepentirme? ¡Jamás! (17). ¿Avergonzarme? ¡Jamás!

Pero no podía tampoco resistir bajo la mirada de Dios, rechazado por mí. No me quedaba más que una cosa: la fuga.

Como Caín huyó del cadáver de Abel, del mismo modo mi alma fué lanzada de aquella visión de horror.

Este fué mi juicio particular: el Juez invisible dijo: «lejos de Mí».

Entonces, mi alma, como una sombra amarilla de azufre, se precipitó en el lugar del eterno tormento» (18).

Así terminaba la carta de Ana desde el infierno. Las últimas palabras eran casi ilegibles, de tal manera estaban deformadas. La carta se convirtió en cenizas en mis manos.

Cuando he aquí —cosa admirable— que en el áspero acento de aquellas líneas, que me había parecido leer, resuena dulce un toque de campana.

Desperté sobresaltada. Estaba todavía acostada en mi habitación. El rosicler de la mañana entraba por la ventana. De la parroquia llegaba el toque del Avemaría.

¿No había sido, pues, un sueño?

No he sentido nunca el consuelo de la salutación angélica como después de tal sueño. Lentamente recé las tres Avemarías. Entonces sentí clarísimo: A ella debes agarrarte fuertemente, a la Bendita Madre del Señor; debes honrar filialmente a María, si no quieres sufrir la suerte de un alma que no verá jamás a Dios.

NOTAS DEL EDITOR

(1) Santo Tomás de Aquino, *Summa Theologica* (=S. Th.), II-II, q. 95, a. 6: «Puede depender tal vez de Dios la causa espiritual del sueño; El por ministerio de los ángeles revela cosas a los hombres mediante los sueños.» En efecto, también en la hagiografía el sueño sirve frecuentemente de estímulo para obras buenas y grandes.

(2) *S. Th. Supplentum* (=Suppl.), q. 98, a. 4: «Los condenados quisieran que todos los buenos se condenasen.»

(3) *S. Th., Suppl.*, q. 98, a. 3: «Su voluntad, determinada por ellos mismos, es intrínsecamente mala.»

(4) *S. Th., Suppl.*, q. 98, a. 3 y ad 3: «...El no existir ...en cuanto libraría de una vida de castigo y de infelicidad... sería mejor para los condenados que ser infelices... y así preferirían no existir.»

(5) *S. Th., Suppl.*, q. 98, a. 7: «No hay nada en los condenados que no les dé materia y ocasión de pena... Así, por ejemplo, cuando vuelven su atención a las cosas conocidas en vida.»

(6) *S. Th., Suppl.*, q. 98, a. 4: «En los condenados domina un odio perfecto.»

(7) *S. Th., Suppl.*, q. 98, a. 9: «Antes del día del juicio universal será manifiesto a los condenados que los Bienaventurados se hallan en una gloria inenarrable.»

(8) *S. Th., Suppl.*, q. 98, a. 8, ad 1 y ad 5: «Los condenados ven en Dios solamente el castigador y obstaculizador (del mal que ellos quisieran hacer aún). Porque, pues, lo ven solamente en el castigo, efecto de su justicia, lo odian.»

(9) *S. Th.*, I, q. 21, a. 4, ad 1: «En la condenación de los réprobos aparece la misericordia de Dios en cuanto que El castiga menos de lo que ellos merecerían.» En otro lugar, el Doctor Angélico añade que esto se verifica especialmente en aquellos que en la tierra fueron misericordiosos respecto a los otros (*Suppl.*, q. 99, a. 5, ad 1).

(10) Los rasgos precedentes, acerca del padre de Anita y el siguiente episodio son hechos constatados.

(11) El influjo de los espíritus malignos está compendiado en la palabra «demonio». Como prueba de su presencia bastan los siguientes pasos de la S. Escritura, que tal vez se meditan demasiado poco: «Hermanos, sed sobrios y vigilad, porque vuestro adversario, el diablo, gira en torno de vosotros como un león rugiente buscando a quien devorar» (I Petr., V, 8). El rugido no significa que Satanás haga mucho ruido con sus tentaciones, sino más bien expresa la avidez con que procura arruinarnos.

San Pablo escribe a los de Efeso (VI, 11-12): «Revestíos de la armadura de Dios, para que podáis resistir las asechanzas del diablo, porque no es nuestra lucha con la sangre y con la carne (e. d. contra los hombres), sino contra los Principados y Potestades, contra los dominadores del mundo de las tinieblas, contra los espíritus malignos del aire».

Aquí se dice claramente que el maligno nos ataca con innumerables satélites, provenientes de los coros de los ángeles caídos (Principados, Potestades, etc.) (Cfr. *S. Th.*, I. q. 63, a. 9, ad 3). El demonio no se podría llamar «dominador del mundo» si su influjo en la tierra no fuese poderoso.

(12) *S. Th., Suppl.*, q. 98, a. 6, ad 2: «No toca a los réprobos inducir a la ruina a los otros, como es oficio propio del demonio.»

(13) *S. Th., Suppl.*, q. 98, a. 4, ad 3: «Cuanto más aumenta el número de los condenados, tanto más crece el tormento de cada

uno. Pero están tan llenos de odio y de envidia que prefieren sufrir más junto con muchos, que menos ellos solos.»

(14) *S. Th., Suppl.*, q. 70, a. 3: «El fuego del infierno atormenta al espíritu impidiéndole seguir su voluntad; ésta no puede obrar cuando quiere y donde quiere.»

(15) «Estar separado de Dios es una pena tan grande cuán grande es Dios mismo», atribuído a San Agustín; cfr. HOUDRY, *Biblioteca concionatorum* (Venecia, 1786), t. II, en la palabra *infernus*, § IV, pág. 427.

(16) *S. Th., Suppl.*, I, q. 89, a. 3: «Las almas de los difuntos no tienen un conocimiento cierto de las cosas en particular, sino sólo un conocimiento general, semejante a una sombra, de todo el reino natural» (Cfr. también, íb. a. 1). *S. Th.*, I, q. 89, a. 4: «Mediante estas ideas (infusas) las almas de los difuntos están en situación de conocer sólo los particulares con los cuales ellas, de algún modo, tienen relación sea por conocimiento antecedente, sea por algún efecto o por disposición natural o por ordenación divina.»

(17) *S. Th., Suppl.*, q. 98, a. 2: «Los condenados no se arrepienten propiamente de los pecados, porque están pegados al pecado con voluntad malvada. Pero sienten desagrado de él en cuanto que son atormentados por la pena del mismo pecado.»

(18) HERVÉ, *Praelect. Theol. Dogm.*, 12.ª ed. (París, 1934), IV, núm. 694: «Es cierto, aún más, según Suárez es artículo de fe, que el infierno está en un lugar determinado.» La eternidad de las penas del infierno es verdad de fe; tal vez la más terrible de todas. Cfr. en la S. Escritura: *Matth.* XXV, 41 y 46; 2 *Thess.*, I, 9; *Jud.* V. 13; *Apoc.*, XIV, 11, y XX, 10; pasos todos irrefutables en los cuales la palabra «eterno» no puede cambiarse por «largo». Si no fuese permitido ilustrar también una vez esta verdad de fe con un hecho particular, tampoco el divino Salvador hubiera podido narrar la parábola del rico epulón y de Lázaro el mendigo. Allí El hizo precisamente lo mismo que aquí se cuenta: describió a grandes pinceladas el infierno y cómo se puede ir a él. No por deseo de sensaciones, sino inducido por la misma intención que dió motivo a esta publicación. Intención expresada en aquellas

palabras: «Bajemos al infierno mientras vivimos para que no bajemos al morir.» Este dicho: «Descendamus in infernum viventes, ne descendamus morientes» es una adaptación de la paráfrasis del versículo 16 del Salmo 54: «Descendant in infernum viventes, videlicet ne descendant morientes». Esta se halla en una obra atribuída a S. Bernardo (Cfr. Guigonis Prioris Quinti maioris Carthusiae, *Epistola seu Tractatus ad fratres de Monte Dei*, lib. I, c. IV, número 10 ad finem P. L. t. 184 col. 314, B).